

F 1233

S2

V.4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ES PROPIEDAD.
Queda hecho el depósito que
previene la ley.

Imprenta y Litografía de Henrich y C.^a — Barcelona, Calle de Córcega, 348

50000



LA EMIGRACIÓN

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Yo soy Merlin...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

GARDE amaneció aquel día en toda la ciudad de México; pero más tarde aún amaneció en la *Casa de Nuestra Señora de Guadalupe*, ubicada, como todos saben y como decía la amarillenta y denunciadora cédula hipotecaria fija en la puerta principal, en el callejón de la Chinampa, entre el puente de Villamil y el de Los Locos. Llovía sin parar, y la lluvia, que en el campo suele ser gala y primor del paisaje, gloria y encanto de los ojos, en la ciudad, y sobre todo en la casona aquella, se convertía en lepra horrible que sacaba

á luz llagas, deformidades y tristezas que hacían apartar la vista y desviar el paso.

La pared, desconchada en parte y mostrando al desnudo hendeduras temerosas, en ciertos lugares se abombaba como hidrópica; el corredorcillo destilaba gotitas de agua que parecían lágrimas de las cosas viejas y olvidadas; las canales dejaban caer á intervalos chorros turbios é irregulares; el cimientto rezumaba humedad; las piedras de recinto con que estaba enlosado el patio se lavaban poco á poco dejando correr un residuo negruzco que quizás procedía de los *coimes*, *cuchareros* y *gurrupiés* del tiempo de Periquillo; y una camisa de mujer y unos calzones de hombre, puestos en cruz y olvidados desde la noche anterior en un armadijo de lazos y otates, parecían siniestras figuras de ahorcados que se balanceaban sin poder tocar el suelo.

Los cuartos permanecían cerrados, y apenas si en el de la portera se oían los lloros de un *izcuintle* de dos pies, los ladridos de uno de cuatro, la disputa de un hombre y una mujer y el ritmo de las tortillas que se adelgazaban entre las manos de una vieja que, al trabajar, movía entre el pecho y las costillas dos bultos que semejaban dos liebres que se perseguían furiosamente sin llegar á alcanzarse nunca.

Al fin se abrió una puerta, el número 15, y salió, embozado en una capita ruin y corta, un sujeto que no dejó



Habló dos palabras con la vieja del zaguán...

ver nada del rostro y sólo asomó unos pantalones con flequillos y unos zapatos de tacón desviado.

— Te dejo la llave con Gregoria, dijo hablando para el interior del cuarto. Te darán tu atole y harán pasar á Conchita, que tiene que venir á verte. No te aflijas aunque tarde mucho.

Y luego, como contestando á interpelaciones que le venían del interior de la pocilga:

— Ya lo creo que llueve... El cielo está *entablado*, de color de panza de burro... Si no está, le espero; tiempo me sobra... No te levantes... El dinero está en el baúl; á la derecha, en la jicarita... Yo me desayuno por allá: veré qué encuentro... Claro, claro que sí: le hablaré como si te hablara á ti...

Y se embozó de nuevo. Habló dos palabras con la vieja del zaguán, puso en sus manos la llave del cuarto y salió evitando los charcos del suelo y los chorros de las canales. Luego atravesó un lugar cercado, después una *viña*, que por la humedad había crecido grandemente de volumen, se metió por el callejón de la Nana, pasó el puente de Juan Carbonero, y por las Rejas de la Concepción, Puente de la Mariscal y Santa Isabel llegó hasta San Francisco y Plateros. Después atravesó el Zócalo y en la calle de la Moneda entró al edificio del correo.

Subió la escalera y desde lo alto se entretuvo observando á los raros sujetos que iban á sacar corres-

pondencia. Pasaban, cerraban de golpe los gigantescos paraguas multicolores, se desataban la bufanda ó se desabotonaban el mac-farland, (1) se calaban los anteojos y veían las listillas, que pegadas con obleas (2) y llenas de tachaduras de lápiz se ostentaban escritas con elegante bastarda española.

Entró una vieja con tápalo verdoso, siguió un ciego que pregonaba el último enterito para la de hoy, acompañado de un perro blanco que ladró terriblemente contra un vendedor de petates y escobas de palma que lanzó su grito penetrante en la puerta de la casa. Luego, cinco ó seis caballeros formaron grupo y después se pusieron cerca de un sujeto bien dado, de gran barba, rostro moreno y continente de santo de Berruguete.

El que esperaba pudo apreciar el transcurso de las horas por los gritos que escuchó: primero el jabón de la Pueblaaaa; luego la Melcuii ó melcocha; después los tejocotes por venas de chile, tequesquite por pan duro; en seguida la mantequía, mantequía dia rial y dia medio; en un intervalo en que se levantó el nublado, las agujas, alfileres, dedales, tijeras, botones de camisa, bolitas de hilo; por fin, á las doce en punto, los condumbios, los caramelos de espelma, el bocadillo de coco...

Pero la lluvia apenas había escampado un punto: seguía el agua chorreando por las cornisas, destilando por las molduras, cayendo por las gárgolas, hinchando el

(1) No se usaba mac-farland en aquel tiempo, éste se usó en 1856.
(2) No se pegaba con obleas, sino con goma.
En botas los listos con vidrios para evitar

sumidero del patio, cuchicheando al meterse por las rendijas, rejuveneciendo las viejas y mohosas piedras del muro, haciendo resaltar una inscripción en que se decía algo de «S. M. don Carlos IV, Q. D. G.», lanzando luces de diamantes cada vez que la hería un repentino rayo de sol, y removiendo, al meterse en las entrañas de la tierra, no sé qué olores inmundos que hacían apartarse á los que dialogaban cerca de un respiradero.

El recién llegado preguntaba alguna cosa á cuantos veía pasar, y como todos le decían sin falta: «No tarda... No debe de tardar... Siempre viene á esta hora», el cuidado no se resolvía á salir á tomar un tentempié que le consintiera seguir esperando.

A las doce y media, poco más ó menos, un portero corrió á avisar que llegaba el Administrador, y no tardó en entrar un sujeto que ya encontró al impaciente sentado en una silla de la antesala. Momentos después el mismo portero le introdujo al salón.

Se hallaba sentado á la mesa un sujeto robusto, más cercano á los cincuenta que á los cuarenta, inclinada la cabeza, que ya blanqueaba hacia las sienas y se enrarecía por la coronilla, cabello que terminaba en una furia agresiva y que solía andar cabalgando por las cejas ó por el occipucio, según fueran las fases de la conversación. Las manos del hombre, que se entretenía en firmar unos papeluchos que le presentaba un escribiente, eran vello-

sas, pero blancas, finas y elegantes; mas como si fuera una cruel antítesis ideada por el dueño, concluían en unas uñas largas, negras, ganchudas y mal cuidadas.

Alzó la cabeza, y el que deseaba hablarle le vió unos ojos pequeños y maliciosos coronados por unas cejas alborotadas y tapados por unos anteojos de guarnición de acero, de los cuales uno se trepaba hasta la frente y otro bajaba hasta la mejilla. El bigote estaba caído y desordenado, la piocha era escasa y larga y llevaba en ella residuos de tabaco, de pan y de tierra de la calle. La corbata estaba suelta y divorciada del cuello de la camisa no muy limpia, la levita llena de puntitos blancos de la caspa del pelo y el chaleco desabotonado y sin cohesión. Contraste curioso: los botones del chaleco eran de oro y terminaban en unas lindas piedras que parecían rubíes.

— ¿Usted deseaba hablarme, hijo mío? preguntó con acento algo ceceoso el personaje.

— ¿Tengo la honra... de hablar al señor don Guillermo Prieto?...

— El mismo soy, hombre. Pero no se asuste, que pocas gentes hay que inspiren menos miedo que Guillermo Prieto.

— Pues, señor, yo... yo soy, el recomendado del señor don Manuel Gómez del Cid, y le dejé á usted una carta en que se hablaba de mí.

— ¿Gómez del Cid? No recuerdo.

— Sí, señor, el de la curtiduría, el dueño de las casas de Recabado.

— ¡Ah, hombre, reventara usted; mi compadre Gómez, el papá de Concha y Lupe!... Mi compadre, claro



está. ¿Y dónde habré puesto yo la carta de mi compadre? ¿Usted me la dió ó me la dejó?

— La entregué á su criado.

Se puso en pie, registró bolsillos, cajones, expedientes, libros, todo sin encontrar el maldecido papel.

— Amigo, exclamó tanteándose todavía los bolsillos

de la levita, no parece: dígame lo que la carta decía y es igual que si la tuviera presente.

— Pues, señor, yo soy José Brambila...

— Permítame un instante. Pérez, vaya y dígame á Gallo que no tiren mi artículo sin mandarle pruebas á Pepe Iglesias... Dispense, amigo...

— Pues, señor, yo soy José Brambila...

— Corra á toda prisa, Facundo, póngase los pies en la cabeza y dígame á Martínez que se venga en seguida... Conque tenemos, hijo mío, que usted es José Brambila... ¿Qué más?

— Pues, señor, yo soy José Brambila, de Guadalajara, perteneciente á una excelente familia tapatía. Mi padre se llamó Ignacio Brambila.

— ¿Ignacio Brambila? ¿El que iba á fusilar Inclán?

— El mismo, señor.

— Era un excelente impresor y un hombre honrado. Le llamaban nada menos que el *Juan Nepomuceno democrático*, á causa de que se rehusó á revelar el nombre del autor de un escrito en que se injuriaba al tal Inclán... Hasta recuerdo cómo se llamaba el papelucho... Aguarde usted... Se llamaba... Tenía un título en verso, como acostumbraban entonces *El Pensador* y don Carlos Bustamante... Ya recordé: *Oiga el infame sus glorias y el malhechor sus hazañas*. ¿Y sabe usted lo que se contaba allí? Voy á decírselo en secreto. Pues nada menos que los

amores de Inclán con Lupe, la hermana de un poeta zacatecano á quien debí grandes servicios... Lupe era una pólvora, un temperamento romántico al estilo de la Jorge Sand. Hacía versos, un poquito inválidos, mancos, cojos y hasta decapitados: en la *Aurora poética de Jalisco* puede verles. Se había casado con un tal Osés ó Avancés, ó Cortés, buena persona, laborioso él, hombre honrado, serrote; pero ¿qué iba á satisfacer un panadero ó comerciante ó cualquier cosilla por el estilo á aquella mujer que tenía por corazón una hoguera? Se enamoró de Inclán, hizo cincuenta mil excesos y acabó por marcharse con él. Cuando el generalón la abandonó quiso en vano arreglarse con el esposo: Cortés era hombre de vergüenza y despachó á mala parte á la bribona. Lupe murió en olor de santidad... Martínez, si me llaman de la presidencia avísame en seguida. Bien; no sé quién tuvo la ocurrencia de escribir ce por be todas las majaderías de Inclán y publicarlas en el papelón que le digo. Ver aquello el militronche y ponerse hecho un chamuco fué todo uno. Amenazó con hacer y acontecer, y á la hora menos pensada se plantó en la imprenta de su padre de usted con la embajada de que le confesaran quién era el autor de aquella muchachada. Brambila se mantuvo en sus trece, sin querer revelar una palabra, el otro se estuvo en sus catorce pidiendo con malos modos la cosa del pe al pa, y allí tiene usted el conflicto en todo su esplendor.

dor... Inclán no se anduvo con chiquitas: mandó encapillar á su padre de usted, le ordenó que se dispusiera y le hizo sacar al mero patíbulo: fué un mal rato para Brambila, que se obstinó en guardar silencio, apretadas naranjas, siendo menester que el obispo y el clero-catedral y los vecinos más empingorotados le rogaran á Inclán casi de rodillas. Cedió, si no estoy equivocado, porque se le ordenaron de aquí, de México... ¡Qué tiempos, amigo, qué tiempos!... ¡Y que se acaben!

Llamó de nuevo don Guillermo, dió una vuelta por la sala, ordenó cualquier cosa al criado que se presentó, y sentándose en la silla, con una plegadera en la mano, dijo al buen Brambila:

— Conque me decía usted...

— Pues, señor, yo vivo en México desde hace cinco años. Me empleo en escribir á la mano siempre que hay alguien que me ocupe. Cerca de mi casa... pues cerca de mi casa vivía una... una señorita que protegía el general don Santiago Blanco, éste que vive aquí, en Tiburcio, 17... Pues la muchacha y yo... La verdad no hallo cómo decírselo á usted.

— ¿Cómo no halla si ya encontró? Que le birló usted la queridita á Santiago, ¿no es eso? ¡Hombre, pues está divertido el caso! ¡No sabía que así las gastara el caballero! Este Blanco no olvida la negrura de su origen: es hijo de un negro barbero, cubano él, y de una negrita

esclava de los Estradas, de Yucatán. Es más ladrón que Gestas y más malo que pisotear la hostia. En contratas se ha puesto *pilinque*, y en otras cosas es más amargoso que las tripas del bule: que lo diga la viuda de aquel don Fernando Valle. ¿Conque usted fué el príncipe azul que salvó á la infanta que tenía secuestrada este rey negro?... ¿Y guapa ella?

— ¡Oh, señor! exclamó el de la capita corta en medio de un éxtasis; celestial.

— Y á todo esto ¿por qué me da usted esas noticias? ¿Qué tengo que ver en los amoríos del más chisgaravís de los hermanos Blancos, á quienes les llaman los *aretes de azabache* por lo subidito de color?

— Señor, exclamó levantándose con súbito arranque y dejando pendiente del bejuco de la silla la capita de tricó; señor, yo sé que usted es un hombre sensible y que puedo recurrir á su persona con absoluta confianza. Don Santiago está furioso contra mí y ha ofrecido que tan pronto como entren los franceses me manda cortar el pelo, me pone la chaca, y mete á Cristina á las *Arrecogidas*. Yo, señor, no le tengo miedo al general Blanco ni á todos los generales del mundo; pero, caramba, á la humillación sí le tengo miedo, y pensar que me han de azotar ó de hacerme cargar el *caballo* de la prisión me pone frenético. ¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme á donde vaya el gobierno? Yo sé escribir, yo sé llevar una

correspondencia, yo sé guardar un secreto, yo sé tener fidelidad á quien me presta un servicio. No quiero más que lo necesario para salir de México, y para vivir modestamente fuera de aquí, manteniendo á mi señora y al niño que nos acaba de nacer.

— ¿Cómo niño? ¿Luego hay tajamanil?

— Veinte días tiene, señor.

— Pero esa cristiana no podrá caminar.

— Está dispuesta á todo con tal de no caer en manos del maldito viejo. En cuanto al chiquillo, ya estamos industriados sobre la manera de hacerle caminar sin que le pase nada.

— Hombre, si lo triste es... lo triste es que está completo el cuadro de los empleados de correos que han de marchar conmigo.

— Pues usted no me deja en la estacada, señor.

— ¡Ay, pobre Guillermo! dijo el otro alzándose de la silla; te has convertido en esquina de providencia: todos los pisotones, todos los encontronazos, todos los golpes van á dar contra ti... Te han tomado por una sucursal de la Divina Providencia y no eres más que un infeliz... ¿Qué demonio tienes tú que ver con los amoríos de Santiago Blanco? Lo mismo que con los del Moro Muza ó con los de don Gaiferos. Pero este muchacho dice bien: no es justo que le dejes en la estacada y vale la pena que le des este disgustillo á Santiago... Amigo mío (dirigién-

dose á Brambila) no sé qué voy á hacer para llevármele; pero Dios proveerá. Aquí tiene veinte pesos (y se los dió en un Hidalgo nuevecito) para que se arregle, y después, ya veremos.

No fué agradecimiento, fueron efusión, entusiasmo, locura los que manifestó Brambila besando la mano de Guillermo y diciéndole muchas cosas de cariño.

— Ya, hombre, ya, no es para tanto, dijo evitando las acometidas del chico.

Y después de llamar ordenó al mozo que acudía:

— Que me traigan la firma.

